

EL ARCO

Núm. 453^{bis} Cartagena, 16 Septiembre 1926 Año XVIII

Periódico Católico de propaganda

CON CENSURA ECLESIASTICA

Sección de Prensa de AVANTE

Costeado por bienhechores

REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: DUQUE, 15 bajo

Se reparte gratis

ASOCIACION CATÓLICA "AVANTE"

¡CATÓLICOS CARTAGENEROS: hay que formar el cuadro de honor alrededor de los principios, la moral y las tendencias que representa y defiende la Iglesia de Cristo, contra los ataques repetidos y crecientes de la impiedad, la inmoralidad y desenfreno modernos. Hay que propagar las doctrinas católicas en la escuela, en la prensa, en los Ateneos y centros culturales.

Tales son los fines que esta Asociación persigue con sus secciones de «ENSEÑANZA», «PRENSA», «CONFERENCIAS», etc., etc.

¡CATÓLICOS CARTAGENEROS, uníos todos por Cristo y para Cristo, que trabajar por la Acción Social Católica con todas nuestras fuerzas es contribuir a la cristianización de la sociedad, es laborar por la gloria de Dios.

¡CATÓLICOS CARTAGENEROS, es la hora del sacrificio, de la lucha por las cosas de Dios, no hagais caso de personalismos que tan divididos nos tiene a los fieles de Cristo, unid vuestros esfuerzos, vuestro trabajo a los fines de esta sociedad, que solo busca el reinado del Crucificado...

Las suscripciones en el domicilio social: DUQUE, 15-bajo

MEDITEMOS

Piérdese el hombre en el pié lago de sus pensares, en los desbordantes anhelos de su corazón, y siempre es la triste y cruel realidad la que tira por tierra, la que desploma fatalmente esos suntuosos palacios tan al aire construídos.

Mira atrás y añora aquellos tiempos pasados, horas de voluptuosa molición, horas también de mortal miseria, y enervado su espíritu ante tales recuerdos, llora y ríe, llanto y risa de desesperación en el abúlico, en el impotente; llanto de arrepentimiento y risa de buenas promesas en el regenerado, en el valiente.

Joven o viejo, el hombre busca con pasión avasalladora el humo de la vanagloria, las riquezas, los favores de una beldad, y por conseguir esos efímeros bienes, entrega todo su cuerpo, sin pensar que tiene un alma, digna de toda atención, a la que debe mimar con caricias de bondad, con cuidados de nobleza, de honor, con sacrificios de religión, con la esperanza dichosa de un cielo feliz.

En la juventud es todo acción, vida, ardor para los placeres; se gusta de todo aquello que promete un peligro de combate, un placer de pasiones bajas; todo se llega a agotar con excesos de dolor o gozo; entonces el tempestuoso corazón sonríe despectivamente al tumulto de los elementos, soñando, ¡insensato! encontrar más asperos goces allende los espacios etéreos.

En la vejez se recuerda todo ello con gusto, también con arre-

pentimiento de impotencia, haciéndose esclavo de cada uno de sus sentimientos, se vive como en ensueño del que una realidad justa—aunque tirana—ha de despertar al hombre.

Más, ¡ay, si ese despertar es para maldecir su marchito corazón que no quería romperse!

¡Ay, si aun en esos momentos críticos, ciega su razón y quebrada su voluntad, no se siente atraído por la espiritualidad de su ser; si ni siquiera siente los pinchazos de su alma dolorida, el roedor gusano de su conciencia...! entonces ha malgastado por completo la vida, ha muerto cual bestia, no como hombre, ser superior por su espíritu; olvidó y renegó a Cristo crucificado, sacrificado por nuestras culpas, rechazó la bondad y alegría de su doctrina, vivió fuera de la religión, y hoy sufre el más horrible de los castigos, la desesperación de los recuerdos de su vida perdida inutilmente, su merte eterna.

G de A.

La Religión y la pública moralidad

Siguiendo nuestra argumentación comenzada en el artículo «La Religión y la Sociedad política» que se publicó en el número anterior para dejar demostrado cuan imprescindible es la Religión a la Sociedad política y consiguiendo que es un deber del poder público promover la religiosidad de los ciudadanos y dar su protección y auxilio a cuanto tienda a protegerla y fomentarla; nos es preciso examinar hoy cómo la Religión es la única y verdade-

ra base de la moralidad tanto individual como colectiva. Así hallaremos una razón más, y poderosísima, de la necesidad de la Religión en cuanto sin ella es muy difícil, por no decir imposible, obtener una de las más firmes bases de la paz, el progreso y el bienestar de los pueblos que es la Moral ciudadana.

Más que en el derecho positivo que emana de la autoridad y que, siendo ésta siempre falible y harto frecuentemente propensa a abusar de su poder y a convertir el «jus» en «injuria», muchas veces es medio que aparta al hombre de su fin en vez de conducirlo a él, según es su misión; hemos de buscar en la Moral verdadera el primer cimiento del orden y de la posible perfección en los Estados.

Eso aparte de que el derecho; que es fuerza externa, que se impone coactivamente cuando ello es posible que es criterio particular que los súbditos acatan quizá sin compartirlo y en ocasiones desacatan visiblemente; nunca puede tener la eficacia de la Moral, claramente comprendida por todos que tiene sus raíces en la convicción íntima, que fluye en un estado de ánimo interno y que tiene su promulgación constante y es consecuencia de una inclinación que nace en la propia conciencia de cada uno.

Pues bien; ¿qué es la Moral?, ¿puede haber Moral sin religión?

Siempre se ha hecho a la «moral» sinónimo de «honestidad»: son morales los actos buenos, los que merecen premio, los que son conducentes al fin del hombre; son inmorales los que le apartan de éste, los que vulgarmente llamamos de malos.

Y ¿dónde está el criterio de distinción entre unos y otros? ¿Cuál es la norma inmediata para conocer la razón de la moralidad

o inmoralidad de los actos humanos?

Para responder deberíamos preguntarnos primero: ¿cuál es el verdadero y último fin del hombre? Y esto es, precisamente, lo que nos enseña la religión.

Otro cualquier criterio que buscáramos, fuera de Dios y de su Ley, nos llevaría a la vaguedad más grande, a la inconsistencia mayor o al absurdo más definitivo. Siempre los racionalistas, que desconocen o niegan la verdadera Moral y la ley natural que con ella ha impreso el Creador en las almas, se han encontrado en la imposibilidad de fundar una ciencia del derecho: Al faltarles la base, sus teorías contradictorias y numerosísimas demuestran, en su misma variedad y mutua oposición, cuan lejos están de la Verdad que siempre ha sido única e inmutable.

Y, consecuencia de la falsedad de los sistemas a que aludimos en la vida real son precisamente las frecuentes perturbaciones que en los órdenes social y moral producen los extremismos políticos, los sectarismos radicales, cuya actuación violenta y cuyos propósitos subversivos constituyen la mayor amenaza para la paz universal en estos tiempos contemporáneos.

En cambio cuando la sociedad cuenta con un elemento interior formado por medio de la educación religiosa, cuando en todos los pechos anida la buena voluntad, en todas las conciencias arraiga la idea del deber y en todos los corazones florecen las virtudes cristianas que, en la vida colectiva se han de transformar necesariamente en virtudes sociales, es cuando las Naciones felices marchan por los senderos del orden hacia el verdadero progreso y hacia la legítima y perfecta civilización.